

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

## SE van a cumplir los veinticinco años de aquel 8 de diciembre de 1965 en que alrededor de dos millares y medio de obispos y padres conciliares en gozosa comunión con el Papa Pablo VI clausuraban el acontecimiento eclesial de nuestro siglo, el Vaticano II.

# EL CONCILIO Y SUS GRANDES INTERPRETES

Personalmente lo llevo grabado a fuego en mi conciencia. La alegría del Espíritu irradiaba de aquellos rostros episcopales y de la voz y el gesto de la muchedumbre inmensa que se había reunido en la Plaza de San Pedro.

Un cuarto de siglo, que es casi un ayer mañana en la milenaria historia de la Iglesia, es tiempo suficiente para ir originando olvidos y vacíos en la pequeña historia de los hombres y de sus obras. Los veinticinco años del posconcilio no podrían escapar tampoco a esta ley de las limitaciones humanas. Pero no ha sido así, aunque del escenario universal de la Iglesia han ido desapareciendo ya en su mayor parte los verdaderos artífices humanos de aquel acontecimiento conciliar.

La gran figura de Pío XII, su precursor más inmediato, aquella potentísima luz de magisterio universal que ante las crecientes indigencias humanas y eclesiales de la primera mitad de nuestro siglo, provocó sin pretenderlo la necesidad y el talante del Concilio en la Iglesia. Con sus enseñanzas y a pesar de su prudente indecisión para convocarlo, preparó los grandes temas que pedían honda reflexión: la Iglesia, en su misterio de Cuerpo Místico; su vitalidad interna y sacramental, en su liturgia; el «retorno a las fuentes» en su más irrenunciable esencia; las responsabilidades universales y la misma necesidad del diálogo salvífico ante el mundo y sus problemas —personalmente, él lo hacía a diario—; el claro elenco de una visión cristiana de las realidades humanas, que el propio Concilio traduciría luminosamente en su gran Constitución pastoral «Gaudium et spes». Todo ello había venido recibiendo destellos de luz evangélica y eclesial en el corazón, en la mente y en la palabra magisterial ordinaria de Pío XII.

Al convocar tan inesperadamente el Vaticano II, su sucesor, el Papa Juan XXIII, respondía a una necesidad hondamente sentida. La decisión, hecha pública aquel 25 de enero de 1959, llenó de emoción y de esperanza a toda la Iglesia y a los hombres, supo a un tiempo desconcertar y contagiar con el entusiasmo, el riesgo y hasta un cierto utópico optimismo la misma vitalidad adormecida del mundo eclesial. Sin Juan XXIII, la prudencia colectiva o secundaria de los hombres de Iglesia habría seguido eludiendo su convocatoria arriesgada; o a lo sumo sólo habría programado un Concilio de urgentes clarificaciones dogmáticas y de tradicionales esquemas condenatorios en materia de errores y desviaciones ideológicas o disciplinares (había ya tantas, que casi era una tentación la añoranza de los anatemas).

Un renovado Pentecostés queda abierto en la Iglesia, cuando en esa solemnidad de aquel año —3 de junio de 1963— se agotaba la vida del Papa Juan, apenas inaugurado el Concilio. Su herencia fue ya irreversible. Un Concilio que sin él tal vez

ni se habría convocado, pero de cuyas manos la propia conflictividad de los hombres y las ofuscaciones falsamente progresistas o utópicas de no pocos pretendían secuestrarlo. Al menos manipularlo.

Del seno de la Iglesia en Concilio surgió entonces el hombre providencial que, en su aparente debilidad humana, habría de soportar todo el enorme peso de configurar sus contenidos precisos, clarificar sus auténticos contornos como altavoz del Espíritu de la Iglesia, y, sobre todo, el dramático quehacer de afrontar en el posconcilio el discernimiento exacto de cuantos magisterios sucedáneos o paralelos pretendieron, en la propia Iglesia, acaparar el llamado «espíritu del Concilio», menospreciar las mismas exigencias eclesiales del Vaticano II con la prematura aplicación utópica de un Vaticano III o manipular unilateralmente los mismos textos conciliares caprichosamente interpretados o seleccionados.

Nadie como Pablo VI ha tenido que soportar en sus carnes el durísimo peso de aquella asamblea y mantener con luminosa intrepidez magisterial la propia autenticidad eclesial del Concilio frente a las torcidas «relecturas» de cuantos en el seno mismo de la Iglesia comenzaban a padecer o a provocar el «escándalo humano» del acontecimiento conciliar.

Pocos hombres han tenido que sufrir tanto en su interioridad responsable el peso eclesial del posconcilio. Pero también pocos hombres de Iglesia han podido y sabido realizar con tanta precisión y luminosidad la inalcanzable cohesión del Vaticano II con toda la tradición viva y siempre vivificante del Misterio de la Iglesia, sin perjuicio de su auténtica apertura pastoral al reto actual del mundo y de la Historia.

Pablo VI, además de ser el primer fruto, y el más cualificado, del Concilio Vaticano II, encarnó en estos últimos veinticinco años —casi durante tres lustros de luminosa responsabilidad magisterial— la más segura, la más exacta y, por su irreemplazable magisterio eclesial, la más infalsificable interpretación que la propia autenticidad eclesial del Vaticano II precisaba y no podía quedar hipotecada a las ideologías humanas de turno.

Colosal figura del posconcilio ha sido Pablo VI. Y más colosal el intrépido servicio magisterial que prestó a la autenticidad original del Concilio.

Pero la vida sigue. También en la Iglesia. Y en ella, siempre con la misma o mayor garantía, cualquiera que sea el proceso de la Historia, el árbol sigue dando sus frutos.

Hoy la Iglesia, abocada y cercana a su bimilenario, es guiada por Juan Pablo II, tal vez para la Historia el último Papa de entre los obispos conciliares. Juan y Pablo al mismo tiempo. Es decir, la Iglesia abierta desde sus cumbres a todos los confines del mundo, con la Humanidad entrañable de Juan XXIII y el programa conciliar de la «Gaudium et spes» y a la vez la luminosa intrepidez y la seguridad doctrinal de Pablo

VI, recuperando con su doctrina y con su incansable ecumenismo pastoral la veracidad integral del Evangelio para el mundo y para la propia Iglesia.

Esta simbiosis pastoral del «Concilio de Juan y Pablo», que ya se hizo símbolo —fugaz y entrañable símbolo por un mes— en el Pontificado de Juan Pablo I, ha irrumpido con fuerza en la Iglesia posconciliar. Con toda la garantía del Magisterio auténtico y con una decidida apertura a la «nueva evangelización» dentro y fuera de la Iglesia.

El Papa actual cuida con incansable esfuerzo de que el Concilio ni se olvide ni se tergiversa. Y aún más, de que no se frivolicen en las posibles reducciones o desviaciones que tras estos años de posconcilio el conformismo irenista o perezoso haya podido ir dejando en la vida cotidiana de la Iglesia.

Los Sínodos de obispos han venido a constituir la prueba más evidente de lo mucho que el Vaticano II sigue ofreciendo para la vida y misión de la Iglesia posconciliar.

Estas reuniones de representantes del Episcopado universal permiten revisar las grandes cuestiones que piden clarificación o confirmación y facilitan, tras las deliberaciones que se hacen, las posteriores exhortaciones apostólicas del Papa, tan ricas de contenido y de capacidad de orientación. Quizá no contenten a todos y menos a los que no se contentan con nada. Nunca la Iglesia, nunca el Señor ni ninguno de sus discípulos tuvieron como norma de actuación satisfacer deseos, sino más bien remediar necesidades y ofrecer luz y amor. Y de esto, ¡oh, Dios!, cuánto está aportando el Papa Juan Pablo II a los hijos de la Iglesia y a los hombres del mundo de hoy. Parecía que después de los Pontífices que vienen sucediéndose en la Iglesia desde hace más de un siglo ya no podría surgir otro que pudiera equipararse a sus antecesores. Pero no ha sido así. El servicio que está prestando a la Iglesia el antiguo arzobispo de Cracovia supera lo que hasta aquí habíamos conocido. Sin duda en cuanto a disposición de ánimo y espíritu de entrega abnegada se habría manifestado igual incluso antes del Concilio, pero no creo tergiversar nada si afirmo que si el que hoy conocemos es lo que es y ha abierto cauce a tantas energías en sus audiencias, en sus viajes, en sus escritos, en sus predicaciones, en su fidelidad y en su rompimiento de muros y fronteras, ello se debe al ardor de la llama encendida en su alma como fruto del Concilio.

En él se cumplen las palabras que pronunció Pablo VI en el discurso del 10 de septiembre de 1965 al comenzar la última etapa conciliar. Se preguntaba el Papa qué respuesta se podría dar a quien en el futuro preguntase ¿qué cosa hacía en aquel momento la Iglesia Católica? «Amaba» será la respuesta, amaba con corazón pastoral... Amaba la Iglesia de nuestro Concilio... Amaba con corazón misionero...»

En el posconcilio en que ahora estamos deberíamos recordar constantemente estas palabras.

**Marcelo GONZALEZ MARTIN**  
Cardenal arzobispo de Toledo  
Primado de España